

La crisis lectora y escritora ante el retorno de lo inhumano

(Los límites de la institución educativa)

¿Cómo pensar la lectura y la escritura habida cuenta del auge inusitado que durante la segunda mitad del siglo xx alcanzó la cultura massmediática de consumo masivo, que al parecer se empeña en reinstalar la tolerancia generalizada respecto de lo inhumano en la cultura? ¿Cómo leer y escribir, qué leer y escribir y para qué leer y escribir en estas condiciones de lucidez sobre la naturaleza humana? ¿Qué pedirle a la lectura y a la escritura, así como a la educación, en un país y en un planeta donde lo inhumano y la barbarie han instalado su hegemonía, en este fin de siglo y comienzo de otro, caracterizados por la crisis de la Razón y la reivindicación de lo irracional?

El común de la gente supone que la lectura y la escritura son actividades espirituales "superiores", a las que deben consagrarse por igual todos los seres humanos, desde su niñez, para perfeccionar su espíritu. Esta suposición, tan loable como democrática, deriva del ideal moderno de la Razón como instrumento de autoconstrucción, camino de la perfección ética, ideal que hizo del proyecto de la Ilustración la utopía culta de la modernidad. Se supuso, en consecuencia, que la inaceptable exclusión que los regímenes aristocráticos medievales habían hecho de porciones enteras de la humanidad debía finalizar, y que como consecuencia de la Revolución Burguesa todo el mundo tendría derecho a leer y a escribir, para acceder a los beneficios de la Luz por medio de la Razón y el Entendimiento.

El aparato educativo público y privado que hoy conocemos hace parte del proyecto de la Ilustración. Ya sabemos que la educación privada, aún siendo privada cumple hoy por hoy un servicio público, y que se ha democratizado para permitir el acceso de sectores medios e incluso populares a sus

aulas. Existe por lo tanto, respecto de la educación, la idea aceptada de que ya sea pública, ya sea privada, debe ella contribuir a la realización del ideal moderno Ilustrado, garantizando a todos por igual la oportunidad democrática de acceder a la lectura y a la escritura propias de la alfabetización básica, así como el contacto posterior con la "actualidad del saber" de la ciencia y la técnica. De este modo, la alfabetización básica en términos de lectura y escritura, así como la actualización en la frontera del saber, han pasado a formar parte substancial de la misión moderna del aparato educativo público y privado por igual.

Sin embargo, ya sabemos que durante la segunda mitad del siglo xx, sobre todo a partir de la segunda postguerra, toda la *mítica moderna* ha sido sometida a un severo proceso crítico de deconstrucción de sus mismísimos fundamentos, proceso después del cual lo que parecía axiomático en la modernidad ahora se nos presenta sólo como una mítica más, susceptible de ser deconstruida.

En efecto, ahora podemos reconocer que la modernidad hizo a la humanidad innumerables promesas, que finalmente no pudo cumplir, al menos en un porcentaje muy importante. Para el tema que nos interesa, podría decirse que la modernidad prometió, entre otras cosas, el advenimiento de un "hombre nuevo", ilustrado y sabio debido al predominio en él de la razón, capaz de construir una "sociedad racionalmente" gobernada, donde habría de reinar el orden, la justicia, la igualdad y la libertad, y de la cual se habría de erradicar para siempre la crueldad y lo inhumano, por la vía de la educación. Se supuso, en consecuencia, que la educación, camino de las *luces de la razón*, habría de garantizar que ese *hombre nuevo*, hijo

Doctor en Derecho y Ciencias Políticas. Es profesor titular de la Universidad del Valle y autor de diversas obras, tanto literarias como ensayos sobre problemas de la cultura. Entre sus obras se mencionan: *Falleba*, premio Bilbao; *La obra del sueño*, *La ceniza del Libertador*, y entre sus obras de ensayo se destacan *La ceremonia de la soledad*, *Amapolas al vapor* y *La sombra planetaria*.

Tomado de *Piedra de Panduro*. Revista de la Universidad del Valle, Nº 2, octubre de 2000, Cali.

de la modernidad Ilustrada, sería el punto de partida para el surgimiento de una sociedad civilizada, próspera y feliz, de la cual desaparecería para siempre el fantasma de la barbarie y de lo inhumano. Esta esperanza, esta promesa moderna respecto del advenimiento de un *hombre nuevo*, capaz de construir el *progreso* pensado en términos de una especie de perfeccionamiento y ascenso progresivos hacia fases históricas ética y materialmente superiores, es compartida no sólo por el ideal de la sociedad burguesa, sino por el proyecto social y cultural de la izquierda marxista. En cualquier caso, la idea del advenimiento de un hombre nuevo fue general en Francia hacia finales del siglo XVIII, se extendió a buena parte de Europa, Norteamérica y América Latina durante el siglo XIX y llegó más o menos en buen estado de salud hasta comienzos del siglo XX.

Pero ocurrió que del proceso moderno en su conjunto se apoderó muy pronto la racionalidad productivo instrumental, que era apenas uno de sus dos ejes iniciales, relegando de este modo a un papel cada vez más secundario, hasta hacerlo prácticamente desaparecer en nuestros días, al proyecto Ilustrado, que fue desplazado así de su papel de eje principal para pasar a ser eje secundario, en progresiva desaparición.

Por otra parte, quedó claro muy pronto, también, que el supuesto moderno según el cual la educación en las humanidades debía pulir y humanizar la condición humana y alejarla cada vez más de la barbarie y de la tentación de lo inhumano, no era más que una falacia moderna (George Steiner: *Lenguaje y silencio*, 1982), pues no de otro modo se podría comprender que bestias humanas ilustradas de la Alemania Nazi hubieran sido capaces de montar, a nombre de la ciencia y de la técnica, máquinas de destrucción y laboratorios macabros de exterminio de otros seres humanos. Perversión que no fue ni mucho menos exclusiva de la nomenclatura Nazi puesto que de ella parti-

ciparon las masas populares y no pocos intelectuales, tal como ciertas evidencias históricas lo han podido demostrar. La desaparición de lo inhumano en el ámbito de la cultura y de las prácticas humanas por el camino de la educación humanística, bajo la lámpara que irradiaba la Luz de la Razón, la ciencia y la técnica, se convirtió así en una mentira, en una ironía y en una paradoja macabra. De este modo, la educación ilustrada dejó ver no sólo sus límites sino su incapacidad absoluta para impedir y erradicar lo inhumano del ámbito de la cultura y de la praxis.

Ahora podemos estar seguros de que no veremos, pues, el advenimiento de ningún hombre nuevo, al menos en el sentido en que la modernidad lo prometió y lo soñó. Y no será la educación, ni el proyecto Ilustrado ni la Luz de la Razón aquello que lo conseguirá poner a caminar algún día sobre los valles de la tierra. Educar, pues, en estas condiciones de disolución y deconstrucción crítica de la mítica moderna, tendrá que ser una tarea que ante todo conozca muy bien el alcance, pero sobre todo la naturaleza de sus propios límites, que esté advertida suficientemente de la condición humana y que no se haga, en consecuencia, demasiadas ilusiones sobre sus posibilidades.

¿Cómo pensar la lectura y la escritura en este contexto, habida cuenta del auge inusitado que durante la segunda mitad del siglo XX alcanzó la cultura massmediática de consumo masivo, que al parecer se empeña en reinstalar la tolerancia generalizada respecto de lo inhumano en la cultura?

El primer reto de todo proyecto educativo y cultural parecería ser -habría que pensarlo-, mantener a raya las tentaciones de lo inhumano y sus recurrencias y retornos en la cultura. Advertidos ya suficientemente de la condición humana y de sus pulsiones agresivas y violentas, la meta ya no será, quizás, conseguir que *lo humano* se instale para siempre en la cultura,

como un logro de la civilización capaz de consolidarse sin riesgo de perderse hacia el futuro, puesto que este propósito parece alcanzable. Habida cuenta de las características de la condición humana, habría que admitir que lo inhumano será siempre una posibilidad, una tentación y una pulsión ineliminables. Y la educación tendrá que tener muy bien en cuenta esta advertencia, como un aspecto fundamental en la conciencia de sus propios límites.

¿Cómo leer y escribir, qué leer y escribir y para qué leer y escribir en estas condiciones de lucidez sobre la naturaleza humana? ¿Qué pedirle a la lectura y a la escritura, así como a la educación, en un país y en un planeta donde lo inhumano y la barbarie han instalado su hegemonía, en este fin de siglo y comienzo de otro siglo, caracterizados por la crisis de la Razón y la reivindicación de lo irracional?

¿De lo que se trata ahora -nos preguntamos-, es permitir que lo inhumano se satisfaga sólo mediante formas apenas simbólicas y virtuales, escapes y desfuegos que no hagan daño real, retozos inhumanos controlables? ¿La meta ya no es superar para siempre lo inhumano, erradicar definitivamente el fantasma de lo inhumano de la sociedad y la cultura, sino apenas desviar lo inhumano hacia satisfacciones permisibles? ¿Qué dice frente a esto la lectura y la escritura, y qué propone frente a esto el aparato educativo?

Alfabetizar para aprender a leer y a escribir, pero sobre todo para formar a los "hombres del mañana", que se espera sean los soñados *hombres nuevos* que tomarán en sus manos el destino de la sociedad y la cultura, esa parecería ser todavía la tarea en que nos empeñamos a ciegas, sordamente, a pesar de las contundentes demostraciones capaces de dejar en claro que todo este sueño fue y es una mentira. No podemos hoy ingenuamente, pienso, insistir en ese aspecto de la mitica moderna ya por completo demolido, para mantenerlo como soporte justificativo de los procesos educativos. Me refiero a esa mítica

que supone, en abstracto, que la educación por sí misma es una tarea suficiente para conseguir la humanización de los seres humanos que a ella se someten. Siendo así, ¿Conocen los educadores, suficientemente, los límites de su tarea en relación con el núcleo duro de lo inhumano que persiste en la condición humana y en la cultura? ¿Cómo atacar, desde la educación, ese núcleo duro de lo inhumano, y con qué fines y aspirando a qué reales resultados?

Son estas las nuevas preguntas que deben perturbar, como una especie de horizonte para la construcción de un nuevo paradigma, la práctica educativa. Con muchísima mayor razón entre nosotros, hablo de nuestro aquí y de nuestro ahora, habida cuenta de que nos hemos destacado y esforzado tanto en los detalles puntuales y en la relojería de lo inhumano, desde hace medio siglo, y que con tanto lujo y filigrana llevamos a cabo todos los días en escalada.

Si somos tributarios y prisioneros ingenuos aún de la mitica moderna en lo relacionado con el supuesto perfeccionamiento del alma humana por medio de la educación, leer y escribir en un entorno de barbarie inhumana parecería un auténtico contrasentido. Y sin embargo no lo es, puesto que entre lo uno y lo otro no existe relación de causalidad alguna. Leer y escribir es decir alfabetizarse son sólo condiciones para lograr un ingreso y una adaptación *funcional* en el mundo contemporáneo, pero nunca condiciones para superar la barbarie y expulsar del alma lo inhumano. Saber leer y escribir, insisto, no son en manera alguna garantías contra la barbarie y lo inhumano, sino sólo condiciones para el ingreso de los individuos en el mercado de trabajo, condiciones para la incorporación en el mundo del consumo, en fin, condiciones para la no exclusión del sujeto del universo de las reglas de juego y de los *códigos culturales* de nuestro tiempo. Y, como un complemento sobre la alfabetiza-

ción básica y para perfeccionar el proceso y garantizar los resultados, la educación superior se propone actualizar a los educandos en el saber de la ciencia y de la técnica, lo cual también significa *apenas una finalidad funcional* frente al mercado de trabajo de los profesionales que, en medio de la competencia feroz contemporánea de las sociedades abiertas al mercado, deben acreditar su solvencia profesional, científica y técnica. Pero, en medio del éxito de los unos y el fracaso de los otros, en medio de la prosperidad de unos pocos y la miseria de casi todos, ¿qué hacer con ese núcleo persistente de lo inhumano que habita en el sujeto y en la cultura como una pesadilla? ¿Debe la educación intervenir allí, y de qué exacto modo, o simplemente seguir con las mismas en medio de la ingenuidad, o por el contrario bajar los brazos y no hacer nada al respecto de lo inhumano, para dedicarse tan sólo, como hasta ahora, a educar con fines simplemente funcionales y según el perfil que la demanda impone, entendiendo por demanda en este caso la dictadura del consumo y del mercado de trabajo?

Sería ingenuo pensar que la educación *contra lo inhumano* o simplemente para *prevenir o desviar lo inhumano*, es tarea única del aparato escolar. Entre otras cosas porque, al parecer, los recursos contra lo inhumano no derivan tanto del dispositivo *racional* del sujeto cuanto del dispositivo de sus sentimientos. Las fieras nazis o estalinistas sabían muy bien, gracias a la luz de la razón, que sus víctimas eran también seres humanos. Y, sin embargo, las sacrificaron, las torturaron y se gozaron su sacrificio y su agonía. Además, fueron capaces de *racionalizar la inhumanidad*, que no la "bestialidad" de sus actos, hasta convertir su perversión en discurso político e ideológico justificativo de todo, hasta de lo inhumano. Igual cosa sucedió con lo inhumano cuando fue práctica cristiana inquisitorial y la confesión de la víctima se convirtió

en la joya escondida que debía ser obtenida a cualquier precio.

¿Es el dispositivo racional Ilustrado, es la *luz de la razón* conseguida por medio de la educación humanística y clásica aquello que impide de verdad y de manera efectiva el retorno de la tentación inhumana, o es más bien el dispositivo de los sentimientos o, si se prefiere, una combinación de estas dos cosas lo que resulta eficaz? ¿O será más bien que todo este dispositivo combinado de sentimientos y argumentos racionales contra lo inhumano alcanza algún sentido y eficacia, sólo a condición de que el aparato de Estado intervenga pronto en su respaldo, para premiar y recompensar desde el poder lo humano y disuadir y castigar lo inhumano? Dicho de otro modo, parecería que ni los argumentos de la razón ni los sentimientos contra lo inhumano tendrían eficacia suficiente, por sí mismos, si al mismo tiempo no cuentan con el respaldo del Estado como instrumento de violencia legítima ejemplarizante, capaz de reprimir con eficacia la violencia y el crimen, así como lo inhumano donde esto ocurra y evitar así la impunidad, que es la principal invitación a la escalada de la venganza y al relajamiento de los controles.

Ya sabemos, con Gustave Flaubert, que siempre es posible proponerse la educación sentimental, como un componente substancial de la educación humana y de la civilización de las costumbres. Pero ocurre que de esta educación no ha solido encargarse el aparato escolar en sus diferentes órdenes jerárquicos. Mucho menos en un período de la modernidad, como el actual, caracterizado por la crisis total tanto de sus relatos como de su mística, así como por la puesta en evidencia del incumplimiento de sus principales promesas. Una modernidad que entre nosotros es atípica, calco apenas formal y apariencial de sus presupuestos centrales, por lo que ha devenido en simple caricatura y apropiación dramática de lo moderno, y en

nuestros días en un simple acomodamiento a lo contemporáneo, que eso es sólo lo que tenemos en lugar de modernidad. Acomodamiento a lo contemporáneo nada más, digo, es decir capacidad de vivir y sentir la actualidad como un elixir, por el camino del confort y el uso y consumo del mundo en frenesí, para de paso eludir los rigores mentales y espirituales de la modernidad auténtica en términos de la kantiana mayoría de edad, secularización de la cultura y desacralización de la mirada sobre el mundo.

Pues bien, en estas condiciones de época, caracterizada por la derrota del Proyecto Ilustrado y el triunfo aplastante de la racionalidad productivo instrumental, la lógica del consumo y su axiología anexa, fenómeno que con otras palabras y desde cierto punto de vista ha terminado denominándose "postmodernidad" o crisis de la modernidad, las demandas que la cultura y la sociedad le hacen al aparato educativo, así como a la lectura y a la escritura, han devenido sólo en demandas y exigencias casi exclusivamente funcionales, tal como tenía que ser si es que acaso en estas cosas existe alguna coherencia.

Si la vigilancia contra lo inhumano no puede entonces dejarse sólo en manos de la razón y de los argumentos "racionales", sino que es preciso influir de manera profunda en el dispositivo de los sentimientos que tienen relación con la piedad, la solidaridad con el "otro" y con la posibilidad de sentir con el otro su destino, todo esto con el necesario respaldo de la violencia legítima del Estado, queda abierto el debate sobre si la educación debe seguir cumpliendo sólo con la misión adaptativa de satisfacer la demanda del mercado de trabajo, en términos de alfabetización básica funcional y formación científico técnica profesional, o si por el contrario debe también proponerse, como tarea fundamental simultánea e inaplazable, incidir sobre el dispositivo de los sentimientos y de los

argumentos en favor de lo humano, dispositivo que, por supuesto, al menos en lo relacionado con los sentimientos, el estudiante ya trae configurado en muy buena parte desde su hogar y a partir de sus primeras experiencias familiares sobre "el otro" que no es él y a pesar de cuya diferencia y diversidad debe ser representado y tratado como un ser humano, como un igual que despierta por ello su solidaridad y su piedad.

Existe una larga e importante tradición en la literatura sobre el tema de lo inhumano, que insiste en suponer que lo inhumano deriva en el hombre de su componente animal de su instinto, de su naturaleza. Sin embargo, esto no es exactamente así. Los animales, las fieras incluso no son "inhumanas" en el sentido de crueldad refinada que ha caracterizado al ser humano en ciertos momentos. Los animales son agresivos pero no se gozan ni refinan su crueldad. Lo inhumano, esa dimensión exclusiva y única del ser humano, es cultural y no natural. A este respecto dice Alain Finkielkraut: "Indudablemente, quienes se designan a sí mismos como "hombres" no son ciegos a las semejanzas corporales entre los de aquí y los de allá. Si, pese a esta evidencia, dan a los extranjeros nombres de insectos o nombres de pájaros es porque en su opinión no basta tener rostro humano para pertenecer de pleno derecho a la humanidad. Hay que vivir además conforme a una tradición decidida y dictada por los dioses. En estas sociedades gobernadas por la tradición, el concepto de tradición no tiene cabida. La costumbre es soberana porque no se vive como costumbre. Por lo tanto el monólogo de Shylock sólo puede caer en el vacío. Su patética invocación a una confraternidad elemental, su referencia desesperada a una base común de reacciones y de impulsos carecen por completo de poder conmovedor. Unas manos, unos órganos, un cuerpo, unos sentidos, unos afectos, unas pasiones; sangrar cuando te hieren, reír cuando te hacen cosquillas y vengarse

cuando te ofenden, puede que estos rasgos sean universalmente humanos, pero no por ello constituyen un salvoconducto universal. No crean ningún tipo de identidad de pertenencia entre grupos diferentes. Lo que cuenta es la manera de vivir, lo cual en la masa indistinta de los volubles bípedos, se para sin discusión lo humano de lo no humano.¹

Siendo de origen cultural -tradiciones y modos de vivir diferentes- la barrera que impide reconocer en el otro su condición de humanidad, es también de origen cultural la idea de una humanidad general y universal a la que todos los seres humanos pertenecen por igual a pesar de sus diferencias. Pues bien, la modernidad y el ideario de la Ilustración, de la Revolución Burguesa y de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, se empeñaron en construir esa idea de la humanidad, en términos de solidaridad, libertad e igualdad de todos los hombres entre sí. Esta herencia y esta tradición modernas burguesas fueron retomadas y prohijadas también, por supuesto, por el humanismo marxista. Pero el siglo xx ha presenciado innumerables veces la quiebra, de manera dramática, de esta idea de humanidad general y universal, logro de la modernidad afectado de una fragilidad insospechada e inimaginable, no sólo en manos de los psicópatas ángeles exterminadores y de sus funcionarios, sino también en manos de las masas populares y de ciertos intelectuales que alentaron sus proyectos fundamentalistas y purificadores. ¿Quién iba a pensar que el siglo xx terminaría borrando con el codo y con las botas lo que los siglos xviii y xix habían elaborado con la pluma de la razón y con la ayuda de ciertos argumentos y sentimientos de piedad, de compromiso y de solidaridad respecto del otro y de su diferencia?

Escuchemos entonces de nuevo a Alain Finkielkraut: "...Lejos de ser natural a todos los hombres, el reconocimiento del hombre por el hombre es

fruto de la historia, como demuestran tanto Lévy-Strauss como Tocqueville. Pero recordarlo no despeja el misterio del siglo xx sino que agrava más aún su opacidad. ¿Cómo es posible, en efecto, que después del reconocimiento sensible del hombre por el hombre tantos hombres hayan podido, en virtud de un decreto promulgado por otros hombres, situarse del otro lado del cristal y verse aquejados por una implacable ferocidad, sin parangón con la situación de la que habla Lévy-Strauss, en la que dos interlocutores, seguros los dos de tener el monopolio de la humanidad, se oponen agresivamente? ¿Qué ha sucedido pues para que la noción de humanidad universal haya caído en un olvido tan general y tan radical en el corazón mismo de la civilización donde había alcanzado su desarrollo más espectacular? ¿Está la palabra *regresión*, que emplea Lévy-Strauss a la altura del enigma?²

La agresividad humana ante aquello que considera diferente y, por tanto, no humano, es decir frente a la diferencia que el otro representa, punto de partida de lo inhumano, es por supuesto de origen cultural aunque tenga una base natural como todo lo que es propio del hombre. Esa misma agresividad natural que el ser humano tiene la poseen también los animales, pero para que se produzca lo inhumano es necesario que exista algo más que la simple agresividad pulsional. Ese algo más que se necesita es la *representación* de la diferencia en las costumbres y tradiciones como una *amenaza*, con lo cual se produce su inmediata repulsión y envío al terreno de lo que es visto como no humano debido al peligro que la diferencia representa. Los tigres no son "cruelles" con los otros tigres, en tanto los "reconocen" como tales y sólo se agreden entre sí cuando se produce una disputa por el territorio, el alimento o la hembra en celo, pero nunca porque reconozcan en "el otro" una "diferencia" que se eleve a la categoría de amenaza. Y todo esto, porque los tigres no tie-

1 Alain Finkielkraut: *La humanidad perdida*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1998, páginas 14 y 15.

2 Alain Finkielkraut, *Ibid*, pag. 38.

nen costumbres, dioses, culturas y modos de vivir, vestir y hablar diferentes capaces de situar a los unos respecto de los otros en el terreno de la diferencia, y la consecuencial negación y exclusión de ese "otro" por razón de esa misma diferencia.

El ser humano tiene, pues, una especial dificultad, que ya no es natural, como generalmente se supone, sino cultural, en reconocer en el otro que es diferente de sí en términos culturales y no biológicos, a un igual. Los animales de la misma familia o especie no tienen oportunidad de vivir la diferencia como amenaza, porque carecen de cultura. Es precisamente esa *diferencia cultural* lo que se levanta como un motivo de sospecha, como una barrera agresiva y amenazante que debe ser eliminada, como un *componente sustancial del otro* que me agrede y que coloca a ese *otro diferente de mí y de mi pueblo* en el lugar del exterminio, en la mirada de la eliminación y de la liquidación hasta de su semilla.

De este modo, educar para simplemente alfabetizar y actualizar científica y técnicamente, y para dejar a los sujetos suficientemente entrenados y sujetados a las reglas de juego y a los códigos de la sociedad de consumo, tal como ocurre en el mundo contemporáneo, de modo que los sujetos así educados y entrenados se sientan incorporados, es decir "in" y no "out" respecto de los beneficios, reglas de juego y claves para el uso y consumo del mundo actual, si bien resulta tan indispensable como imprescindible también deviene en absolutamente insuficiente, puesto que se trata de una educación simplemente funcional y apenas instrumental, incapaz de confrontar la posibilidad de la reinstalación de lo inhumano en la cultura y en las prácticas sociales y culturales, tal como en la actualidad parece estar sucediendo.

Es cierto que la cultura contemporánea prohija, entre sus varias características bondadosas, el reconocimiento y tolerancia de la diversidad, hasta el punto de que podría decirse

que nunca como hoy la aceptación, la tolerancia y el reconocimiento de los "principios" de la diversidad y de la diferencia fueron tan fuertes y gozaron de tanta aceptación en la cultura. Este aspecto de lo postmoderno suele ser visto como un motivo de relativa tranquilidad, a propósito del peligro que podría derivarse de una eventual reinstalación, reivindicación y familiarización de lo inhumano en la cultura y en las prácticas sociales, con las consecuencias de esperar. Pero la preocupación continúa siendo válida, precisamente porque en la cultura contemporánea existen también signos contrarios a los anteriores, tan postmodernos como la tolerancia y la capacidad de aceptación de la diversidad y de la diferencia, signos demasiado preocupantes relacionados no sólo con los neo-racismos y neo-misticismos contemporáneos, sino con una especie de neo-inhumanismo que se incuba larvado en la cultura "massmediática" de nuestro tiempo.

¿Será suficiente para impedir el retorno futuro de lo inhumano, la simple aceptación cultural de los principios de la diversidad, la pluralidad y la tolerancia respecto del otro? ¿Será que ese neo-inhumanismo de que hablo, competirá hasta perder la batalla con la capacidad contemporánea de reconocimiento y tolerancia de la diversidad, coexistirá más bien con ella o por el contrario triunfará sobre ella, de modo que la cultura volverá finalmente y por un tiempo a conocer el dominio de la intolerancia, regresará al fundamentalismo, al racismo y la percepción de la diferencia como una amenaza que debe ser destruida, tal como ya sucedió en épocas históricas quizás no suficientemente superadas o, más bien, cíclicamente esperables? Y, si ello es así, ¿cuál será en este escenario la función de la violencia y la fuerza estatales y a nombre de qué supraestado intervendrá y en defensa de qué intereses, es decir si en defensa de los intereses de la humanidad general, universal y abstracta o por el contra-

rio en defensa de otros intereses propios del mercado, el dominio territorial o quien sabe qué otro argumento de los muchos que se pueden desempolvar, aunque con argumentos disfrazados de algún tipo de preocupación oportunista por la suerte de los derechos humanos?

¿Cómo nos leen, me pregunto, cómo nos escriben a nosotros los colombianos los países denominados centrales, si nuestra *diferencia* y *nuestra diversidad* actuales son la barbarie, el tráfico de drogas narcóticas, nuestros niveles de campeonato en la inhumanidad contra los niños, en el desconocimiento sistemático de los derechos humanos, en fin, si nuestra diversidad y nuestra diferencia ya no se fundan tanto en el canto tradicional, en el cóndor andino, en el plato montañoso o en el mute o en la pipitoria, como en la barbarie inhumana que asombra al mundo, que lo deslumbra y lo excita, lo aterroriza y lo indigna en cuanto supera con creces los límites tolerables?

No es que los niños y los jóvenes ya no lean ahora. No es que los niños y los jóvenes no escriban suficientemente. Por el contrario, los niños sí leen y escriben. Los universitarios también leen y escriben, y de qué manera, pero básicamente sus tareas. Todo en el aparato educativo se encuentra dominado por el triunfo avasallante de la racionalidad productivo instrumental sobre el *ideal de la razón ilustrada* y por la lógica y las reglas del juego de la competencia, el colmillo en el cuello del otro, el individualismo hedonista y el consumo. Leer y escribir para estos fines y en el interior de esta lógica, son pues dos presupuestos imprescindibles para el impulso, afianzamiento y triunfo definitivo de la racionalidad productivo instrumental entre nosotros.

Pero al decir esto tal vez estemos sugiriendo entonces otro tipo de lectura y de escritura posibles. Una lectura y una escritura para la crisis del sujeto que no encaja en el engranaje,

que es expulsado, que es destrozado, incluso contra su voluntad y contra su ingenua esperanza, por la lógica implacable de la racionalidad productivo-instrumental. Especie de sujeto que no escasea ni es extraño encontrar en el mundo actual, un sujeto reventado y expósito a la vera del camino, que es lo que se conoce como estado de marginalidad. Resistencias y distanciamientos que el sujeto puede llegar a desarrollar frente a esa racionalidad hegemónica y que pueden derivarse de múltiples fuentes y por diversas razones que no son del caso examinar ahora, pero que de llegar a producirse exigen necesariamente de él una capacidad de comprensión *cualitativamente superior, una capacidad de preguntarse de otro modo, un cambio radical del punto de vista* para poder enfrentar su propia crisis. Pues el sujeto que no encaja, que es expulsado y puesto al margen, o que al ingresar como un militante de la racionalidad productivo instrumental fracasa en ella y resulta triturado por sus poleas y sus engranajes y dientes, deviene de uno o de otro modo en un sujeto en crisis.

Para estos sujetos destrozados o expulsados, que no son pocos, la lectura y la escritura ya no pueden seguir siendo sólo de finalidad funcional, sino que deben convertirse además en una lectura y en una escritura curativa, catártica y de supervivencia. Es la lectura y la escritura de los inconformes con el mundo que le ha sido dado como una trilladora, como una trituradora cuyo principal valor y medida de todas las cosas es el éxito medido en dinero que cae en chorrera por una especie de escalera por la cual hay que trepar a codazos y donde los escalones y los peldaños son las cabezas y los dientes de quienes compiten conmigo en la trepada. Y todo este neo-darwinismo social competitivo a dentelladas, en medio de la más huera y mentirosa retórica de paz y convivencia.

El mercado de trabajo está saturado de sujetos tan suficientemente alfabetizados como amaestrados en la

ciencia y en la técnica que dicho mercado de trabajo impone, pero aun así el aparato educativo insiste en tener como casi única misión terminar de inundar ese mercado de trabajo con ese mismo tipo de producto. Y encima de todo continúa alimentando en los jóvenes aquella ilusión, hija de la mítica moderna, según la cual la educación es el camino más corto para llegar al éxito. "Salir adelante", tal es la metáfora cruel a la que convocan padres y profesores a sus hijos y alumnos desde el amanecer, y que éstos intentan llevar a cabo hasta la muerte como un imperativo de su existencia. Sin embargo, vivimos la paradoja de que las calles están llenas de desempleados calificados y de profesionales que han intentado "salir adelante" sólo con las fuerzas de su propia voluntad, horóscopo y carta astral en mano, aunque absolutamente en contra de las tendencias reales de la economía y de la historia. De igual manera, los hospitales y las cárceles están colmados también de deprimidos mentales y de reventados, expulsados, triturados o simplemente marginados por la racionalidad productivo instrumental y por sus implacables reglas de juego. ¿Podría el aparato educativo, sin dejar de educar funcionalmente para un mercado de trabajo que ya no es mercado ni es de trabajo, educar también para la crisis del sujeto que no encaja en el engranaje, para la eventualidad del fracaso, en fin, para la contemplación del mundo en términos de inteligibilidad de la condición humana, de sus límites y sus miserias? ¿Será demasiado pedir que la educación se encargue también de estos temas?

La crisis de lectura y de escritura de que hablo consiste, en parte, en que ya no sabemos leer ni escribir para nuestros problemas y nuestras crisis, en la medida en que debemos hacerlo sólo para los fines que el mercado de trabajo y la racionalidad productivo instrumental y el consumo imponen en su psicótico optimismo desinformado. Podemos legítimamente pensar en la posibilidad de una lectura y escritura

descentradas de la racionalidad productivo instrumental, es decir entenderlas como prácticas centradas en la crisis del sujeto, en su herida de época, capaz de arrojar luz sobre el asunto de su expulsión por la máquina del mundo que lo tritura y lo hace a un lado, o cuando no lo expulsa y lo hace a un lado lo deglute. ¿Cómo enfrentar esta expulsión y este denominado "fracaso de la vida", que es así como se lo percibe en nuestro tiempo, sino acudiendo a un nuevo tipo de lectura y de escritura del mundo?

No pongamos ya más todo el peso de la mítica moderna, sus promesas fracasadas y sus excesos racionalistas, ni mucho menos descarguemos el triunfo neo-darwinista de la racionalidad productivo instrumental sobre los hombros de la educación y su puesta al servicio de las demandas funcionales del mercado de trabajo y sus vanas quimeras. Pensemos en la posibilidad de abrir un nuevo frente en la educación, que coexista con el frente funcional pero que se diferencie de él y que prepare a los estudiantes para estar en capacidad de representarse, leer y escribir el mundo de un modo no funcional sino crítico, es decir como otra opción que, sin excluir la opción funcional, al menos compita con ella y se confronte dentro de la subjetividad interior, lo cual no atenta contra la añorada unidad del sujeto puesto que su fragmentación y saturación (Kenneth J. Gergen: *El Yo saturado*, 1992) ya ha sido dada por la cultura contemporánea y resulta ahora inevitable.

La agresividad y la violencia humanas son ineliminables, hay que admitirlo. Ninguna cultura, ningún proyecto educativo o político tendrían sensatez y realismo si acaso se lo propusieran. La violencia y la agresividad humanas, antes que eliminarse, sólo pueden desviarse y canalizarse. En las sociedades primitivas y arcaicas esto se logra por medio de los ritos sacrificiales, donde el papel de la víctima consiste precisamente en concentrar y canalizar la sed colectiva

de violencia, y en las sociedades denominadas civilizadas mediante el monopolio de la fuerza, las armas y la capacidad de violencia "legítima" por parte del Estado. De esta manera la violencia queda neutralizada, institucionalizada y por lo tanto despojada de su capacidad para generar en el grupo social lo que a todas luces es necesario impedir: las respuestas retaliatorias individuales a los actos violentos, es decir la escalada de la venganza. (René Girard: *La violencia y lo sagrado*, 1995).

En las sociedades modernas, regidas por un Contrato Social según el cual el Estado ha asumido la función de la violencia y se ha arrogado la venganza en nombre y representación de todos los ciudadanos, para evitar que la violencia se extienda por el tejido de la sociedad y se ejerza como retaliación individual en escalada, parecería haberse reducido al máximo el riesgo de lo inhumano. Sin embargo esto no es exactamente así, puesto que en dichas sociedades civilizadas lo inhumano no ha desaparecido de ninguna manera, sino que apenas inverna ahora bajo la forma de un cierto neo-inhumanismo desvergonzado, a veces sólo simbólico aunque en muchas ocasiones también bastante real. Me refiero a esa especie de nuevo modo de filtrarse en la cultura lo inhumano, a través del cine, la televisión y los juegos, donde lo inhumano se ha convertido en objeto de gozo y de consumo masivo, así sea de modo apenas simbólico o incluso sólo virtual. Todo lo cual ha conducido en este fin de siglo a una especie de *tolerancia cultural generalizada* con lo inhumano, inimaginable en el pasado moderno. De esta manera, cada vez más pocas personas se asustan hoy en día con los componentes inhumanos del cine, la televisión, los juegos y toda la industria "massmediática" de la crueldad, que ha hecho de las imágenes inhumanas un objeto de disfrute y de consumo masivo. Esta especie de mercado cultural de lo inhumano como objeto de consumo se ha incorporado a

nuestro menú cotidiano y hace parte del "corpus" simbólico objeto de la tolerancia finisecular y de lo que debe ser respetado a ultranza como parte de la zona íntima y sensual de cada quien, paraíso del hedonismo contemporáneo.

¿Convertido lo inhumano virtual en la materia principal de nuestra actual tolerancia y hedonismo, estaremos pisando quizás de nuevo en el terreno simbólico capaz de anunciar el retorno de lo inhumano real, en cuanto ya se ha atrevido a reinstalarse en lo simbólico para empezar a ser tolerado e incluso disfrutado abiertamente? ¿Qué estará sucediendo a todas estas en los sentimientos de los niños, jóvenes y adultos, para quienes ya no hay censura alguna respecto de lo inhumano massmediático? ¿Será que esta especie de inhumanidad simbólica, admitida como ha sido en la cultura a través de sus nuevas versiones y ropajes, se está convirtiendo en la condición previa necesaria en la perspectiva de una recaída histórica en la inhumanidad real, es decir en la ruta de una *regresión* histórica como la que sugiere Alain Finkielkraut?

Sin el romanticismo alemán y sin su complejo tejido simbólico, hubiera sido imposible el proyecto nazi real como un proyecto colectivo, capaz de convocar incluso a destacadas personalidades del mundo intelectual. Sin el simbolismo cristiano, hubieran sido imposibles las torturas inhumanas de la inquisición y las prácticas inhumanas de los conquistadores y colonizadores en América, ese lugar exótico donde habitaba el *otro diferente*, cuya humanidad fue negada por siglos. Y sin sus respectivos restos e imaginarios simbólicos, serían imposibles los fundamentalismos católicos, musulmanes, stalinistas y demás, capaces de conducir a lo inhumano real en sus diferentes versiones históricas.

Leer, y escribir en la escuela, como un entrenamiento para salir luego a la "guerra" social de la competencia, para chapotear en el charco donde

gana el más fuerte o el más audaz o el más vivo, en esa especie de neo-darwinismo que domina la lógica social contemporánea, de eso al parecer se trata ahora. Leer y escribir, aunque sea sólo tareas o trabajos funcionales. Y ver, y leer y gozar de lo neo-inhumano como mercancía de consumo en la pantalla. ¿Qué clase de sujeto, qué clase de espíritu se estará formando al calor de todo esto, es decir bajo la carpa de estos nuevos simbolismos tan fuertemente cargados de inhumanidad, donde el lema ha vuelto a ser "sálvese quien pueda"?

Todo lo cual permite ver que lo neo-inhumano simbólico de nuestro tiempo no deriva tan sólo de la violencia y la crueldad massmediática. En efecto, los modelos económicos de desarrollo, competitivos, abiertos y neo-darwinistas, así como hedonistas y democráticos por el lado del consumidor, resultan demasiado crueles e incluso violentos y provocadores al extremo si se mira el destino de los excluidos y marginales, seres humanos que parecen no importar ya a nadie en cuanto se representan en la mente de los triunfadores como desechables o simples desadaptados incapaces, estorbos de cuya suerte deberían encargarse las leyes de la selección natural y de la supervivencia del más fuerte. Pues bien, es necesario decir que estos modelos de desarrollo en boga, no suelen representarse al otro como un igual cargado de humanidad respetable y considerable, sino como un simple consumidor potencial o presa cuya subjetividad hay que atrapar, dominar e influir hasta dejarla en manos de la "pulsión" consumista. Todo lo cual contiene y expresa elementos neo-inhumanos innegables aunque quizás para muchos invisibles (Jean Francois Lyotard: *Lo inhumano*, 1998).

La inhumanidad es en consecuencia algo que no ha sido erradicado de nuestro tiempo, y de ningún otro tiempo histórico, aunque en ciertos momentos sí desviado y reprimido, censurado y puesto a buen recaudo, tema sobre lo

cual existe una absoluta crisis de lectura y escritura en nuestros días. Hay que reconocer que es frecuente escuchar una cierta preocupación sobre la violencia y la crueldad en el cine, la televisión y los juegos, pero muy pocos o casi nadie perciben del neo-inhumanismo massmediático que esto representa y su impacto en el universo simbólico de la cultura. Se habla de la violencia en los medios, es cierto, pero no se percibe que ella represente una preocupante *restauración de lo inhumano, una neo-tolerancia ante lo inhumano, es decir una nueva forma de lo inhumano a través de la realidad ficcional o virtual, ahora convertidas en mercancía de consumo masivo*. Y, de otro lado, muy pocos hablan de lo inhumano que se expresa en el modelo de desarrollo de las actuales sociedades de mercado.

¿Cómo leer y cómo escribir esta nueva forma de invernarse lo inhumano en la cueva del fin de siglo, esta restauración de la crueldad contemporánea en el simbolismo cultural, esta forma de neo-tolerancia con la crueldad y con el exterminio del otro, que es el componente principal del hedonismo virtual y "massmediático" en nuestro tiempo?